

Las “nuevas derechas” y la batalla por el sentido común: feminismo internacionalista frente a la reacción fascista en la era multipolar

Lic. Agustina Alejandro Figueroa, Uruguay

Hace un par de décadas, las izquierdas del mundo se definían de forma contundente y simple: antimperialistas y anticapitalistas. Esas dos palabras eran capaces de condensar, en ese momento, un “nosotros” y un “ellos” nítidos, y de orientar una acción política que, aunque se desarrollara en la vida cotidiana capitalista, mantenía su horizonte emancipador en tensión con el orden hegemónico. La caída de la URSS y el relato triunfalista del “fin de la historia” no solo no marcó el fin de las disputas, sino la aceleración de la historia misma. El mundo naturalizó el neoliberalismo cultural como sentido común en los años 90.

El posterior ejercicio de introspección de las izquierdas, necesario y enriquecedor, nos permitió visibilizar las opresiones que existían en nuestras propias filas. La incorporación de la perspectiva interseccional, la emergencia de una izquierda feminista y antipatriarcal, el impulso del antirracismo, del anticolonialismo y de los múltiples “anti” que nombran lo que antes era invisibilizado, fueron pasos fundamentales. Lo que no se nombra, no existe. Así la respuesta de las izquierdas y el campo popular frente al reaccionarismo del neoliberalismo cultural y sus actores, que se repiten hasta el cansancio en filas del conservadurismo religioso, fue también reaccionaria. Reaccionando a los reaccionarismos que lo vigilaban el campo popular se fragmentó en infinitas definiciones y combinaciones (en el centro: progresistas demócratas, progresistas republicanos, progresistas conservadores, progresistas a secas, progresistas feministas “tranquis” y hacia la izquierda otro sinfín de denominaciones).

Pero ese impulso también expuso un riesgo: confundir introspección con hipervigilancia, y fragmentar el campo popular en islas identitarias que, lejos de construir un frente común (hacia la interna de los países, pero también hacia la solidaridad regional), han dedicado buena parte de su energía a delimitar sus propias fronteras internas (y externas). La obsesión por la pureza ideológica, por la definición exacta y exhaustiva de cada identidad, ha tenido como efecto colateral la pérdida de músculo organizativo y la postergación de la disputa por el sentido común de mayorías más amplias.

En paralelo, las derechas reaccionarias aprendieron a jugar —y ganar— la guerra gramsciana de posición. Le quitan peso a sus diferencias secundarias —la vieja tensión entre neoliberales y fundamentalistas religiosos, por ejemplo— para unirse bajo significantes vacíos y potentes como “libertad”, “seguridad” o “patria”. Es decir, mientras las izquierdas discuten matices y términos, ellas construyeron un relato de la otredad simple, asertivo y austero: “zurdos”, “progres”, “woke”, “ideología de género”. Ese lenguaje, repetido sin pudor, desplazó el sentido común hacia su zona de confort.

No hay nada “nuevo” en las llamadas “nuevas derechas”. Se trata de la misma matriz fascista de siempre, reciclada en clave digital y perfeccionada con la lógica de las redes y la

manipulación afectiva de los problemas de los pueblos. Siguen demonizando a las disidencias, a las personas migrantes, a las mujeres y cuerpos feminizados y racializados; siguen aliándose con el gran capital, como en el pacto entre Bolsonaro y el agronegocio, o Milei y las corporaciones financieras; siguen apelando al miedo como principal motor de adhesión política.

Su estrategia discursiva también incorpora un viejo truco: la apropiación y vaciamiento de conceptos progresistas. Lo que antes describimos como “hegemonía por neutralización” ahora se despliega en casos concretos y recientes. En 2025, el “lawfare” —una categoría nacida para denunciar la persecución judicial de líderes progresistas— es reivindicado por líderes de derecha que buscan blindarse y victimizarse: Álvaro Uribe en Colombia, Jair Bolsonaro en Brasil, Alejandro Moreno en México. No solo imitan el lenguaje; lo invierten para desactivar su potencia.

El feminismo es el termómetro más preciso de esta reacción. La virulencia con la que atacan los avances feministas revela que el movimiento amenaza el núcleo reproductivo del pacto patriarcal-neoliberal: el control de los cuerpos y de la vida. Por eso las leyes anti-género en Europa, las campañas antifeministas en América Latina y la constante criminalización de las disidencias sexuales no son episodios aislados, sino parte de una ofensiva global coherente.

Frente a esto, la izquierda enfrenta dos problemas urgentes. El primero es la hiperintelectualización de sus discursos, que muchas veces aleja a los sectores populares en lugar de interpelarlos. El segundo es la tendencia a priorizar las formas sobre los fines, cediendo en la incorporación de cambios sustantivos para no incomodar demasiado al poder establecido. Mientras tanto, la derecha se consolida con narrativas simples y afectivamente eficaces.

Sin embargo, hay ejemplos que muestran otro camino. Las movilizaciones del 8M, con su capacidad de articular sindicatos, movimientos migrantes, pueblos originarios, colectivos afrodescendientes, organizaciones ambientales y estudiantiles bajo una gramática común, son prueba de que es posible tejer mayorías amplias sin perder densidad política. La fuerza de esas marchas radica tanto en su interseccionalidad como en su emocionalidad: consignas como “Vivas nos queremos” condensan un programa de vida digna que cualquier persona puede comprender y sentir como propio.

Recuperar la iniciativa política implica disputar lo afectivo con narrativas simples pero cargadas de horizonte: justicia, dignidad, vida vivible. Significa traducir la complejidad interseccional en un lenguaje cotidiano que se pueda pronunciar y apropiar cualquier persona del campo popular, sin reducir su profundidad ni su radicalidad. Significa, también, abandonar el miedo a incomodar al poder y volver a señalarlo y denunciarlo con claridad.

La derecha no es nueva, pero su hegemonía cultural sí está renovada. La izquierda, si quiere reconstruir su capacidad de mayoría, debe rearticular un “nosotros” que incluya, sin intentar homogeneizarla, a toda la diversidad del campo popular y, al mismo tiempo, recupere el sentido común para la causa de la justicia social. Ese es el desafío del feminismo internacionalista en la era multipolar: ser la fuerza contrahegemónica que, sin perder su transversalidad ni su mirada global, ponga en el centro la vida de las mayorías empobrecidas, precarizadas y excluidas.

Como escribió Julieta Paredes: “El feminismo no es un parche para el capitalismo, es el terremoto que lo hará caer”. Ese terremoto será tanto más fuerte cuanto más sepamos unir nuestras luchas, no solo nombrando lo que nos oprime, sino construyendo juntas lo que nos libere.